



LUCAS ROMÁN COPETE, PERIQUETE

Cuando Lucas recibió por correo la cámara de instantáneas *Polaroid* llevaba algún tiempo queriendo fotografiar a sus vacas en las mejores poses posibles con una idea nítida en la mollera: prepararles su debut en Hollywood. Lucas Román Copete, *Periquete*, llegó a la taberna de Pascual *Pimienta*, que estaba en una esquina de la plaza del ayuntamiento de Las Navas del Marqués, en el verano de 1950. Pidió leche y Pascual se rió. Leche había mucha en Las Navas, le dijo, de la buena y de la mala, pero nada de leche en su taberna, allí sólo vino, cerveza, boquerones en vinagre y los jueves pote con tocinos. Lucas era cabrero, desde los ocho años pateando rastrojeras entre Cebreros y Hoyo de Pinares, pero ese verano, con dieciocho recién cumplidos, se llegó hasta Las Navas a echar el jornal en las obras que iban saliendo en la Ciudad Ducal. Lucas había crecido en un universo diminuto y particular habitado por sus queridas cabras y las novelitas baratas del oeste por las que sentía una afición immoderada, poco compatibles ambas cosas con una vida social al uso, en la que no tenía ni una palabra de más que decir, puede que ni siquiera de menos. Cuando se enteró de que la mitad de los vecinos eran vaqueros se le abrieron los ojillos de admiración y quiso quedarse y ser uno de ellos, es más, ser el mejor de los vaqueros de Las Navas del Marqués. Agujereada la sesera con mil historias de *cowboys*, hacerse vaquero en aquel pueblo rebosante de vacas le pareció en esos momentos el sueño de toda una vida. No era tonto, ya se hacía a la idea de que esos vaqueros de la Sierra de Malagón no eran como los de Tejas; serían quizás algo menos aguerridos y menos pendencieros, con menos caballo y sin pistola al cinto, pero con la piel tan dura y tan tercos como los de las praderas. Así que no se desanimó.

Conoció a sus vacas dos días después en un prado de La Frontera y cautivado por ellas, no cejó en su empeño hasta comprárselas a Juan el Rico. Eran veinte vacas terreñas, siete limusinas y el resto buenas avileñas huesudas y desconfiadas de grandes cornalones, que hacían entre todas un rebaño destartado y desigual como un grupo de viejecillas puestas al sol, pero bien avenido y dócil. Y como sus nombres carecían de sabor para Lucas, todas recibieron nuevo bautizo, mucho más sugerente, como Donna, Samantha o Caroline. Su favorita era Judy, una cornigacha negra como un tizón, más lista que un maestro, capaz de liar cigarros con su cuerno torcido si le dejaran y que le veía las intenciones a lo lejos a su buen pastor. Como Lucas no sabía nada de vacas pensó que bien mirado eran más o menos como cabras gordas y como cabras las trató, sacándolas a pacer al monte antes de que al primer perro se le hubiera ocurrido dar el primer ladrido y no volviendo hasta que el sol perdiera fuerza. Las acompañaba en procesión por el monte, las majadas o los prados, perdiéndose por las enormes lanchas de piedra entre escobones detrás del Alto o por el Valladal abajo, a veces en silencio como si estuvieran regañados y otras en animada conversación intercambiando mugidos y jaleos, sesteando entre los pinos o dónde una brisilla moviera las moscas; nada de dejarlas a su aire como hacían los demás no fuera que se perdieran o aparecieran los famosos cuatreros de Peguerinos o Las Herreras. Periquete vivía para sus vacas, sabía dónde saldrían buenos y sabrosos agostaderos según el año, con qué hierbas del regato podía espantar a los tábanos y cómo curarlas si en una herida les cagaba la mosca. Sus vacas no cucaban por nada, y más que mugir hablaban, Lucas sabía cómo tratarlas.

Durmió con ellas durante dos años en un rincón de la vaquería, y todas sus posesiones conocidas eran una estufa vieja de hierro colado y doce mantas raídas del ejército. Finalmente, su único amigo conocido fue Pascual, que accedió a servirle leche

y sopeo todas las tardes, y hacerle de cartero, recogiendo y enviando las cartas y los paquetes que de cuando en cuando llegaban a su nombre. Pascual creía conocerle algo más que cualquiera de sus vecinos y aún así no del todo. No acertaba a encontrar una explicación de cómo Lucas Periquete tenía tanto afán por escribir cartas a todo quisque y tan poco que decirle a nadie. Cuando finalmente se mudó a una de las casas baratas, a menos de un mugido de su rebaño, se compró su único lujo por aquel entonces, un flexo para leer hasta que se hiciera de día. Así se podía resumir la vida de Periquete durante esos años. Lucas tenía las manos hechas a faenar duro, la mirada limpia del que solo había visto cabras y vacas e inviernos pelones como la madre que los parió, y un germen de ermitaño hosco que lo hacían tan más bien poco simpático y menos curioso por el género humano que una jara. Iba greñudo, con un sombrero de paja nuevo cada sábado de gloria, que se iba descomponiendo al transcurrir el verano, hasta que por Todos los Santos estrenaba boina. Para todos era un Robinsón metido a vaquero, un náufrago de aquel islote de la serranía, únicamente amigo de su ganado.

Los paquetes llegaban los segundos miércoles de mes, hinchados de más novelitas: de Estefanía, de Silver Kane, de la colección *Búfalo* o de *Ases del Oeste*. Se los mandaba un librero del Rastro sin pagar franqueo, traídos por un revisor de la RENFE y llevados hasta la taberna por uno de la Unión Resinera que se quedaba con las cinco o seis que más le gustaran. Novelitas de papel gastado y amarillo de ser leídas y releídas, sobadas hasta lo insalubre en vagones de metro, en fondas, en retretes y garitas, en tiempos muertos de oficinas de la Gran Vía; con nombres como “El valle de los hombres muertos”, “El indomable de Wisconsin” o “El ahorcado de las espuelas de oro”. No tuvo Marcial Lafuente más devoto lector que Lucas Periquete; ya les habría gustado a Cela o a Delibes.

La *Polaroid* la mandó un primo de Lucas que vivía en Bilbao, unos meses más tarde de que estrenaran *Winchester 73* en el cine Matute, con James Steward ganando el rifle y el malvado robándoselo con más cara que espalda. Lucas se abonó a cualquier proyección que oliera a pólvora y se le quedaba la boca abierta y la mirada como el corcho al ver a sus héroes tomar cuerpo y voz en las películas que veía una y otra vez los sábados y domingos en sesión continua. Se le empaparon las asaduras de tanto tiro y de tanto *saloon*, de tanto Jonh Wayne y Jonh Ford. Así, en los ratos libres entre novela y película empezó a escribir cartas a los mandamás de la *Paramount*. Escribía a Hollywood, así a la buena de Dios, porque como vaquero profesional tenía algo que decir al respecto, porque nunca pensó que hubiera nada raro en que un vaquero de Las Navas del Marqués escribiera si le daba la gana a un jefezo del cine del otro lado del océano en la California, USA. Mandaba largas parrafadas haciéndole saber los errores que sus vaqueros americanos hacían con el ganado. A su juicio, aunque fueran de las lejanas llanuras de Montana y tuvieran sus propios usos y vicios, tenían que esmerarse un poco más con esas buenas vacas, que no era tan difícil. Los ganaderos de las películas “hacían verdaderas mamarrachadas con esas vacas”, les comunicaba, “si tuvieran a bien aceptarme un consejo, se deberían dejar de tanto caballito y tanta floritura y atender más al ganado, que las llevan a la rastra”, “más les valdría poner un poco más de atención a la faena y menos de pependencias, de magrear coristas y de darle al *bourbon*, por muy gustoso que este sea, no lo pongo en duda, aunque yo prefiero el pacharán”. Terminaba sus cartas firmando como *Lucky R. Copet Periquete, vaquero de Las Navas del Marqués, Ávila. SPAIN* y remataba el conjunto con un *THE END* de lo más rotundo. Estas cartas nunca recibieron contestación, pero eso hizo prender la mecha de una idea mucho mejor y aún con algo de pudor escribió a su primo de Bilbao haciéndole un encargo especial.

En la primera foto que Lucas hizo con la máquina de fotos salía Pascual, el tabernilla, con cara de tonto; esa foto nunca salió de la taberna, siempre estuvo puesta en el espejo detrás de la barra. Pascual aparecía como todos le recuerdan de aquellos años, con su cigarro en la mano, con su bigotito retocado, con sus entradas desdibujadas apenas en la frente, delgado todavía, y con gesto divertido e incrédulo al ver a su compadre Periquete empuñando ese artilugio tan ajeno a un vaquero navero como una casulla de obispo.

- Pero, vamos a ver, Periquete, ¿para qué quieres tu eso?

- Ya veremos. Ponte ahí que te saco otro retrato.

Lucas Periquete salió esa noche de la taberna envuelto en un aire de misterio ridículo, convenciendo al personal de que había perdido la cabeza. Con discreción y una pizca de conspiración, le había fermentado la idea de que sus vacas darían bien ante la cámara en esas superproducciones de Hollywood y por eso las cartas se acabaron y empezaron las fotos. Lucas ya no salía al monte sin la máquina y a poco que se descuidaban les echaba una foto a sus vacas. Les buscó las mejores poses, el lado bueno de cada una, esmerándose en la composición de cada retrato, jugando con el contraluz, las sombras y los planos como haría cualquier fotógrafo de modas, pero con vacas. Sus vacas relucían al sol, recién bañadas, los cuernos lustrosos bien frotados. Vacas pensativas mirando el valle en lontananza, primeros planos de la limusina con la lengua fuera degustando el primer pasto de la mañana con el sol saliendo, dos avileñas sosteniéndose la mirada con expresión de duelo bajo el sol, una escena de estampida con nube de polvo y todo, fotos que mostraban su elegante estilo de espantar moscas el rabo, su maña para vadear el río, su forma de rascarse el lomo con el cuerno, planos medios de la vacada al atardecer con el sol ocultándose entre los puertos de Valdelavia.

Plano detalle del cuerno, plano general de la vacada alejándose hacia el horizonte, contrapicados mientras beben morro con morro arracimadas en el pilón o sacándolas desde arriba para lo que tenía que subirse a los robles como una ardilla. Y sobre todo instantáneas de los enormes ojazos que parecían bailar. Es vieja la frase, pero la cámara adoraba a aquellas vacas.

Ya en la casa, Lucas añadía a las fotos unas pocas palabras ensalzando las virtudes de aquellas vacas para la interpretación. Prometía al director de la *Paramount* o al de *Columbia* que sus vacas “harían brillar sus películas del oeste”, “que se portarían bien, que mugirían solo si lo pedía el guión”, que serían unas figurantes como no podrían serlo esas *long-horn* estadounidenses que se comportaban como unas siesas. Añadía que, “bien apañadas, mi Caroline, mi Joahna y mi Betsy hasta podrían pasar por búfalos de las praderas, cayéndose al suelo al primer disparo de fogueo de manera muy convincente”. Las vacas no entendían todo este trajín que se traía Lucas entre manos, se limitaban a aguantar pacientemente que el pastor las llevase y las trajese desde el robledal al pinar, desde la fuente del Saúco hasta la de las Dueñas, según como fuera la luz, a rumiar solo cuando Lucas dijera y a echar su plasta de forma discreta sin estropear la fantasía. Sin embargo siempre hacía notar que lo mejor “no es que mis vacas cruzaran el océano para hacer carrera en Hollywood”, no aspiraba a poner su vaquería en Beverly Hills sino que fuera Hollywood el que se viniera para Las Navas. “Aquí les tratarían muy bien, y vacas hay para aburrir, no tan guapas como las mías pero sí tan listas”, decía. “No vayan ustedes a comparar sus Montañas Rocosas con el Risco de Las Navas”. “No hay mejor lugar para una escaramuza con los *sioux* que prado de Los Frailes o el Valladal en julio, allí podríamos montar la de Dios es Cristo entre tanto pino, con todos los caballos levantando polvo y veinte o treinta apaches saliendo de entre las peñas; también, si precisaran, el sitio es bueno para una diligencia desbocada”.

“Mira que está bien su río Pecos, pero aquí tenemos el Cofio, que no le va a la zaga. Los mozos podrían montar un tren descontrolado atando unos carros al autobús del barrio de la estación y rodar una situación de descarrilamiento en el puente Recondo sobre el río que dará gloria verla”. Lucas Periquete veía forajidos cabalgando por las laderas del Alto Cartagena, cuatrerros cruzando el Valtraviés con sus reses robadas a tiro limpio, tipis indios con hogueras humeantes y tótem incluido entre los robles de la dehesa del Saúco y hasta un fuerte completo del séptimo de caballería adecentando un poco el castillo de Magalia. El galán y la actriz protagonista podrían tener su beso correspondiente en la atalaya, la brisa que ventea desde Valdemaqueda le movería graciosamente los bucles al bombón de Jane Russel, haciendo de la hija raptada del coronel confederado, por ejemplo. No había color, a sus ojos las praderas de Colorado o Dakota del Sur estaban muy bien, pero a la larga resultaban sosas, mucho mejor las lomas del arroyo de la Pobeda, que lo mismo podrían servir para emboscarse a *Cochise* que a *Colorado Jim*. “En la taberna de mi amigo Pascual podríamos montar un *saloon* muy aparente, con Pascual detrás de la barra sirviendo whisky a manta; les mando una foto del local y del susodicho tabernero, aunque le pondríamos un mandil o le peinaríamos el bigote o lo que consideren. Todo facilidades”.

Ni que decir tiene que tampoco esta vez recibió contestación, ni buena ni mala -a saber dónde acabarían todas esas instantáneas, en algún vertedero de Los Angeles-, aunque no se lo tomó por la tremenda, ni le importó lo más mínimo. En cualquier momento los productores acabarían por captar las sutiles bondades de sus amadas vacas y tendría que hacer las maletas para hacer la trashumancia por el atlántico y más allá, hasta la costa de la soleada California, donde todo eran *colts* y espuelas. Pascual estaba al tanto de todo porque conocía a Lucas un poco más que los demás parroquianos de la

taberna y porque se encargaba de tramitar su correspondencia. Lucas nunca creyó que lo que estuviera haciendo fuera más raro que lo que hacían otros y desde luego de lo que hacía más de uno, que era no hacer nada y acodarse a la barra o echar las horas con esas televisiones que aturdían y por añadidura en blanco y negro y no en *technicolor* como le gustaba ver a él la vida. Por eso aunque fuera discretamente no le ocultó sus desvelos a su amigo Pascual, porque le comía la ilusión y el orgullo navero. Le arrullaba cada noche la imagen de los cámaras entrando en tropel en su pueblo para envidia de los de Navalperal, y las viejecitas del barrio del convento convertidas en extras, y la taberna de Pascual a reventar, con este haciendo bocatas de chorizo a destajo para los ávidos actores y operarios yanquis atocinados a base de frijoles y hamburguesas.

Una noche de mayo, ya casi clareaba, un golpeteo como de bastones contra el portón de la taberna despertó a Pascual que dormía arriba. Al abrir vio a Judy, la vaca negra y cornigacha, parada en la puerta con cara impasible, mirando al tabernilla sin parecer convencida de que ese hombrecillo sirviera para sus propósitos. Pascual la aventó con aspavientos y un par de bufidos, pero la vaca ni se inmutó, ni giró la cabeza, ni apartó un segundo su mirada acuosa de vaca vieja. Tras un instante, Judy se echó a andar con parsimonia calle arriba y Pascual se puso los pantalones y la siguió como un corderillo amaestrado sin saber por qué. Salieron del pueblo camino de la dehesa del Saúco, se internaron entre los robles donde gorjeaban los pinzones y regañaban las urracas. Cada poco la vaca se detenía, volvía la cabeza y le sostenía la mirada. Pascual no sabía donde iba, pero iba con gusto. Se preguntó qué pensaría Lucas cuando echara en falta a su querida Judy, pero concluyó que esa vaca hacía lo que quería. Y era cierto, si Judy estaba con Lucas no era como cabeza de ganado, sino más bien manteniendo

una relación de socios, de respeto mutuo y devoción de ambos por la actividad ganadera a la que se entregaban desde diferentes puntos de vista. Mucha vaca era esa vaca.

Llegaron a la fuente y allí se detuvo. Pascual se echó un trago de agua que sabía deliciosa, fría hasta doler. Le pasó la mano por la gran carota. La vaca bajó la cabeza y con el cuerno gacho guió la mano del tabernero hacia un hueco entre las raíces de un roble. Pascual metió allí la mano y la sacó llena de fotos arrugadas. Costaba distinguir algo entre la poca luz que había y lo borroso de las fotos, que además de estropeadas parecían hechas al azar, torcidas sin encuadre, sacando el suelo las más veces, hojarasca, hierbajos, peñas, aquí y allá una pezuña, en otras un morro húmedo de vaca en primer plano. Dedujo a bote pronto que eran fotos malas de Periquete, las que habían salido movidas o directamente para tirar. Entonces reparó que en una foto había un bulto que asomaba entre unos peñascos, se llevó las fotos hasta donde daba el sol recién parido y se le quedó cara de pasmarote. En esa foto estaba Lucas, acechando algo desconocido entre las peñas peladas... y vestido de vaquero. Con chaleco de piel de vaca, botos de montar con espuela, con pañuelo rojo anudado al cuello, cartuchera y zahones de cuero. Y en la cabeza nada de su gorro de paja sino un sombrero de *cowboy* genuino. En otra foto aparecía más cerca, apostado detrás de un pino, en la foto no salía la cabeza aunque en el pecho se veía perfectamente una insignia de *sheriff*. En otra era de noche y su cara dormida era iluminada por la luz de una fogata, acurrucado él bajo una manta con un revolver en la mano. De dónde provenía ese atuendo era un misterio para Pascual, pero lo cierto era que lo había ido pidiendo por correo a lo largo de muchos años, y lo había escondido en el monte para ponérselo en sus larguísimas jornadas en soledad apacentando su vacada. El revolver y un rifle los había tallado de ramas de pino y los había pintado de negro con betún y barnizado después. Con ellos y de aquella guisa se dedicaba a imaginar asaltos, a rastrear fugitivos como un

cazarecompensas de Arkansas, a sobrevivir a un tiroteo de fuego cruzado entre buscavidas y agentes de la ley. Era la ley del Oeste. Sus vacas asistían atónitas al espectáculo que montaba Lucas, hasta que perdían interés y se iban a lo suyo, a rumiar por ahí. Lucas saltaba peñas, cruzaba arroyos, moría mil veces de un tiro en la tripa, y mil veces se levantaba, se limpiaba el polvo y a gozar de nuevo. Se montaba la película sin necesidad de público. Hasta que a Judy se le debió encender la bombilla y un día que Lucas estaba al acecho, concentrado, preparando un robo de ganado se acercó a la máquina de fotos que estaba dejada en el suelo de cualquier manera y delicadamente con el cuerno torcido, sabiendo perfectamente lo que hacía, hizo *click*. Judy se quedó mirando con curiosidad como salía el cuadrado de papel sobre la hierba, y como la foto se iba revelando. Al ver en la imagen a su Lucas resopló con satisfacción. Lucas ni se enteró, ni esa ni las otras veces. Luego Judy seguía con su rutina de siempre, echando miradas cómplices con Lucas, que estaba empanado y a otras cosas. De alguna manera metía las fotos en ese y otros escondites quién sabe con qué propósito, no parece adecuado pensar que aquel animal supiera orquestar aquel momento con Pascual en la fuente del Saúco. Quizás solo quería jugar al juego que se traía Lucas entre manos, con sus sesiones de fotos y la estrafalaria pinta que adoptaba cuando llegaban a lo más profundo del monte y sacaba de entre las rocas el saco impermeable donde guardaba toda aquella ropa.

Aquella noche, viendo con buena luz y una lupa a Lucas en aquellas fotos, ya descoloridas a y medio pudrir por la humedad del bosque, Pascual se acercó al teléfono y llamó a su primo José Luis a Madrid. Este le dio el número de un amigo, que tenía una cuñada casada con uno que trabajaba en Cornejo y que veraneaban en un hotelito

del Barrio de la Estación. Le mandó las fotos para que las enseñara a quién correspondiera.

Dos semanas después, mientras Lucas tomaba el sopeo de todos los días al final de la jornada, Pascual le gritó desde la trastienda que tenía llamada. Lucas no había recibido una llamada telefónica en años y puso cara de fastidio pues le se iba a enfriar la leche. Casi se le cae el teléfono de las manos. En dos días estaban cogiendo, él y su rebaño, el camino de Galapagar porque estaban construyendo todo un pueblo del *farwest* en Hoyo de Manzanares, que algún avisado bautizó como *Golden City*. Las cosas ya estaban muy adelantadas pero había trabajo para él. Ayudó en las obras, por supuesto, pero él había ido allí para ser *cowboy*. Unos meses más tarde salió de figurante en *Gringo*, un *spaguetti-western* un poco cochambre pero con estrella norteamericana y todo. A Lucas le sacaron siete veces, cruzado la calle, atando un caballo, muriendo dos veces, franqueando el paso al machorro del protagonista en el *saloon* donde cantaba una tal Mikaela con ojos de ternera recién parida. Sus vacas le seguían donde quiera que él fuera, y le mugían cuando la escena terminaba y la daban por buena. Las vacas también salieron en otras películas que vinieron después más que acostumbradas a esos desmanes y con ganas de quedar bien guapas y profesionales.

Lucas no estuvo mucho tiempo en la *Golden City* de Hoyo de Manzanares. A poco que cogió maña y aprendió un par de nombres por los que debía preguntar cogió sus botas, su sombrero tejano y sus vacas e hizo tranquilamente la trashumancia soñada, pero hacia Almería, donde los tiros sonaban más fuertes y las películas olían a desierto polvoriento y a mugre. Lo que son las cosas, mientras bajaba, rodaron en la Ciudad Ducal algunas escenas de una película que parece que se llamó *Mestizo* y en la que luego no le cogieron en Almería y que tampoco nunca llegó a ver. No hubiera importando, en Tabernas estaban inventando un nuevo Viejo Oeste con más canallas y

más pistolas, con menos *glamour* y menos pesetas, pero con las mismas necesidades de un extra capaz de tirarse del segundo piso de un decorado muriendo a tiros por un pistolero solitario. Lucas se especializó en buenas muertes y no era raro que le vistieran de tres o cuatro formas diferentes en la misma película, poniéndole pelucas, cambiando su sombrero por una pluma india o con corbata de sogá, atezando su cara o con barba pegada para volver a ser muerto con bala, flecha o en el cadalso. Su muerte preferida era que un tiro en la tripa le hiciera atravesar el cristal de una ventana de pega, cayendo al vacío hasta aterrizar en una colchoneta en el suelo. Lucas se contorsionaba un poco, cerraba los ojos y se tiraba dulcemente dando una vuelta en el aire. Su Caroline, su Judy, su Samantha se inquietaban un poco al verle caer. Su secreto para hacerlo tan bien era que, mientras estaba en el aire, recordaba cómo se tiraba a bomba a la poza del Valtraviés en el puente de Las Herreras y ponía la misma cara arrugada de terror que al recibir la bofetada de ese agua, fría como un estoque. Cuando gritaban ¡corten! y se levantaba de la colchoneta sacudiéndose el polvo siempre sonreía, y las vacas, aliviadas, volvían a rumiarse tan tranquilas.

THE END